

Violencia social



seryactuar.org - 2019

Violencia Social

A todos nos impacta el rápido incremento de las psicosis, neurosis y drogadicciones entre adolescentes¹. Nos escandalizan e indignan los actos de perversión y violencia sexual que periódicamente nuestros medios informativos van divulgando. Nos hemos *acostumbrado* a contemplar a los asesinos de mujeres como una lacra *inevitable* de nuestro mundo actual, acusando de ello al 'patriarcado machista'.

Los actos de violencia invaden las escuelas con el denominado “*bullying*” o acoso escolar, y las redes sociales se suman, aportando su cuota de acoso tecnológico. Sin embargo, la violencia que los niños muestran en la escuela contra sus compañeros, *ya la han aprendido en sus casas*, con un año y medio o incluso antes. No es instalar cámaras de vídeo en la escuela lo que resolverá el problema.



Quizás exista una reacción más adecuada que el enfado, el castigo penal o el odio, como respuesta al maltrato de niños, a la violación de mujeres, a la tortura de inocentes. Pero primero hemos de ser *conscientes* y comprender *cómo* se origina y *porqué* se reproduce la violencia.

La infancia

Es falso afirmar que todos albergamos en nuestro interior una “*bestia*”. **Ningún niño no nace siendo un mentiroso, ni siendo un ‘monstruo’ instintivamente psicópata.** El peor criminal de todos los tiempos *no nació siendo criminal*. Todos y cada uno de los comportamientos absurdos o violentos que podemos observar en nuestra sociedad hunden sus raíces en la primera infancia. **Todo acosador o maltratador ha sido alguna vez una víctima.**

Un niño protegido y respetado aprende a respetar y proteger a quienes son más débiles que él. Un niño pegado y maltratado aprende a pegar y a maltratar. **Tanto uno como otro transmiten lo único que conocen por experiencia.**

Cualquier padre se ve en ocasiones superado por el llanto de un bebé de meses que no se duerme o que despierta llorando las noche. Si la impotencia e incomprensión nos hacen perder el control de nuestras emociones, y recurrir a los gritos, al zarandeo, y, porqué no, a las azotainas o golpes entramos en una espiral de sucesos cuyas consecuencias desconocemos.



En sus primeros tres años de vida el cerebro del niño crece muy rápidamente. Las lecciones de violencia aprendidas en esos momentos no son fáciles de disolver. Este *condicionamiento* precoz hace que al niño le sea virtualmente imposible descubrir lo que realmente le está ocurriendo. Los padres no perciben **la incoherencia que representa:**

- **el hecho de causar daño *intencionadamente* a un niño pequeño para enseñarle precisamente a no *hacer daño*** (por ejemplo, a otro niño más pequeño que él);
- no llorar ni gritar *cuando duele*;
- no equivocarse,
- saber contestar de inmediato;
- comer y dormir *sea cual sea* su situación y como se estén sintiendo.

Son padres que *reproducen* comportamientos que se han aplicado sobre ellos, y que los han condicionado, *sin preguntarse sobre lo razonable ni sobre las consecuencias de lo que hacen*. El hecho de sentirse rabioso

¹ <http://www.adolescentes.com/noticia/805/dicos/alertan/aumenta/problema/muy/grave/entre/adolescentes>

cuando un niño desobedece o llora a menudo basta para que se sientan autorizados a pegarle para descargarse, en vez de controlarse y gestionar la situación con otros medios no violentos.

Pegar al hijo para que “*se forme un carácter*”, mientras al mismo tiempo se afirma que se le quiere, o que es “*por su propio bien*” es una total hipocresía. **Un niño pequeño no puede comprender las intenciones de quien le pega, sólo siente los golpes.** Y aprende que la violencia contra el más débil es legítima, y que rebelarse contra el más fuerte está prohibido. Aprende de los mismos que pretenden enseñarle la verdad y la tolerancia que se ha de mentir y ser hipócrita. Con el pretexto de prepararlo para afrontar las dificultades de la vida, se le destruye su confianza en la sociedad y en sí mismo

Desgraciadamente, a menudo se acusa al niño de portarse mal ‘intencionadamente’, en lugar de intentar conocer el motivo de su comportamiento, que muy a menudo está relacionado con un estado de sufrimiento, de tensión o de inmadurez psicomotriz normal para su edad, eso cuando no se trata de cansancio, de enfermedad, o de que le duele algo.

Un niño pequeño que vuelca el vaso de agua porque todavía no posee una coordinación psicomotriz madura puede que reciba una bofetada y una reprimenda, mientras que un adulto invitado a comer con los padres y que inadvertidamente vuelque la copa de vino se le dirá ‘*que no se preocupe, que no pasa nada...*’ ¿Qué puede pensar el niño pequeño que contempla la escena...?



Debemos evitar la mentira y la hipocresía, buscar la autenticidad, intentar comprender al niño, y comprendernos a nosotros mismos. Por ejemplo, un padre que al final de la jornada está cansado y quiere leer el periódico o relajarse un poco, y no puede atender la solicitud de su hijo que quiere jugar, le dice que ‘*es hora de acostarse porque a tu edad se ha de dormir mucho, para ti es bueno irte a dormir temprano...*’ Esto es hipocresía, mentira. El padre sincero confiesa su debilidad “*me siento muy cansado, y lo único que quiero es descansar un poco*”. Otros padres se irritan con sus hijos porque no comen bien, cuando más bien deberían preguntarse: “*¿por qué me afecta tanto que no quiera comer?*”

Castigos corporales, la violencia en la educación...

A excepción de las violencias de tipo sexual, que caen bajo el dominio de la ley, el resto se refieren todas al supuesto ‘*derecho de corrección o disciplinado*’. Un elevado porcentaje de padres recurren a los castigos corporales con sus hijos. ¿En nombre de qué necesita un adulto recurrir a *castigos corporales* para conseguir la obediencia de un niño de menos de dos años?

Generalmente, bajo el término de castigos corporales se agrupan las violencias físicas denominadas “*menores*”, que pertenecen a lo que se denomina *violencias ‘educativas’* cuando su finalidad declarada es la de ‘castigar para educar’ a los niños:

- **violencias físicas:** golpes, azotes en las nalgas, bofetadas en la cara, cabeza o en la oreja, golpes con un objeto (un trapo, un látigo pequeño de nueve colas, un zapato, un cinturón...), puñetazo o patada, dar una paliza golpeando con varios golpes, tirar al niño al suelo arrojar o tirar al niño al suelo, duchas frías, encierros, privación de alimentos, amenaza de violencias físicas, amenaza de muerte, escenificaciones terroríficas para asustar (romper objetos, dar golpes contra las paredes, amenazas contra animales).

Sin embargo, a esas violencias físicas vienen a sumarse otro tipo de violencia psicológica, también supuestamente con el ánimo de ‘educar’:

- **violencias verbales:** gritos, bramidos, insultos, amenazas, tratar a la hija de “puta”, etc.
- **violencias psicológicas y emocionales:** humillaciones, chantajes, críticas y burlas sistemáticas, culpabilización “*acabarás matando a tu madre*”, “*nos pones enfermos a todos*”, imposición de silencio, la amenaza de que va a perder el amor y afecto, la amenaza de



abandono, la amenaza de llevar al internado, o a la policía, amenazar a los más pequeños con el coco, en las parejas que se han separado, amenazar con dejar al niño con la pareja violenta, etc.

- **abandonos y privación:** de alimento, de cuidados, de salidas, de comunicación, de afecto, etc.

Condicionamiento *biológico*

El bloqueo que se provoca mediante los gritos, insultos, golpes y amenazas permite conseguir una obediencia y sumisión *instantáneas* debido al miedo, a la sorpresa, a la incomprensión, este bloqueo se acompaña de una parálisis del córtex cerebral y del hipocampo.

El **córtex cerebral** es la sustancia gris que permite *comprender, analizar, tomar decisiones y actuar*. Las violencias psicológicas experimentadas en la infancia tienen repercusiones sobre el grosor de las zonas del córtex cerebral que corresponden a la representación de uno mismo, propiciando los problemas de autoestima. También las zonas de la corteza cerebral correspondientes a las zonas corporales que han sido objeto de violencia quedan adelgazadas, propiciando problemas en el patrón corporal y problemas sensitivos (disminución de la sensibilidad y de la sensación de dolor: *hipoestesia*), que pueden conducir a pasar por alto problemas de salud relativos a esas zonas.

El **hipocampo** es el sistema de utilización de la memoria para el aprendizaje y los elementos de referencia temporo-espaciales.



El niño no tiene acceso a esos recursos y no va a poder *responder* a una pregunta, *porque está bloqueado*. Eso puede hacer que se redoble la violencia contra él para conseguir que acate una orden, muestre arrepentimiento, pida perdón, se explique. Sin embargo, *el niño es incapaz de nada de todo eso debido a su estado*. No va a poder *movilizar su memoria* ni lo que ha aprendido, se sentirá confundido y perdido. Además, la parálisis cortical (que se puede visualizar en las resonancias magnéticas), no permite *modular*² el estrés

provocado por la respuesta emocional de una estructura sub-cortical: la **amígdala**³ cerebral.

El niño efectivamente se calma, pero no porque haya decidido obedecer y tranquilizarse sino porque ha sido brutalmente arrojado a una anestesia emocional. No siente nada, ni emoción, ni dolor, se ha *desconectado*, está como ausente, invadido por un sentimiento de irrealidad. Puede verse como *espectador* de la situación. Es lo que se denomina una *disociación traumática*⁴

El bloqueo y la disociación traumática son procesos neurobiológicos involuntarios y normales cuando se produce un episodio de violencia, a menudo originado por una intensificación de las violencias por parte del padre o familiar. El hecho de que se quede paralizado, sin decir ni hacer nada, puede irritar todavía más al padre e incrementar su violencia. Es decir, *el estrés extremo que sigue al bloqueo puede conducir a una mayor alteración, y a comportamientos automáticos inadecuados, que todavía aumentarán más la cólera del padre*.

2 Modificar los factores que intervienen en un proceso para obtener distintos resultados. N. del E.

3 Shin L.M., & Scott L.. (2006). *Amygdala, Medial Prefrontal Cortex, and Hippocampal Function in PTSD* Ann. N.Y. Acad. Sci. 1071: 67-79.

4 Muriel Salmona - *La mémoire traumatique et les conduites dissociantes* - en Traumas et résilience, Dunod, 2012: <https://www.memoiretraumatique.org/assets/files/v1/Memoire-traumatique-et-conduites-dissociantes-Dunod-2012-biblio-longue.pdf>

El estado de disociación puede dar la impresión al padre de que el niño se muestra indiferente a todo lo que se le pueda decir y hacer. Puede que el padre interprete la disociación como una provocación, y como un acto de rebelión voluntaria para oponerse a él, un desafío, mientras que en realidad se trata de un mecanismo psicotraumático automático.

Frente a este estado de disociación del niño, el padre no tiene parámetros emocionales que le permitan evaluar el sufrimiento y el dolor que provoca en el niño (sus neuronas espejo no le reenvían información sobre el estado emocional del niño), y que por tanto le lleven a controlar su violencia. Y el niño no está en condiciones de evitar o parar los golpes, ni de hacer una barrera mental frente a los insultos, lo que hace que las violencias físicas y psicológicas sean todavía más perjudiciales. Pero a pesar de que durante la disociación el niño esté emocional y físicamente anestesiado ("¡ni siquiera duele!"), no por ello quedará menos traumatizado.



La memoria emocional queda bloqueada, y no se integra en la amígdala cerebral. Se convierte en una máquina infernal para viajar al pasado, que hará que el niño reviva de forma idéntica el suceso traumatizante, como si se volviera a producir, una vez que se vuelva a encontrar en las mismas condiciones en que alguna situación se lo pueda recordar (un lugar, un grito, la hora del día, etc.)

Este volver a revivir traerá consigo los mismos efectos estresantes, el mismo dolor y los mismos sentimientos de miedo y de humillación, de miedo a perder el afecto de su padre, que los que sintió cuando se le castigaba. Además, debido a la memoria traumática, el niño volverá a escuchar continuamente las frases culpabilizadoras, humillantes, amenazadoras o degradantes que su padre le habrá dicho en el momento de los castigos: eres una nulidad, no sirves para nada, no harás nada bueno en la vida, acabarás mal, eres un estúpido, un estorbo, eres detestable, etc., le invadirá la misma violencia, y quedará de nuevo bloqueado y disociado. Estos procesos no permiten ni aprendizaje ni análisis, únicamente producen circuitos de condicionamiento. Con ello se consigue un 'amaestramiento o doma'.

La memoria traumática resulta tan insoportable que para escapar a ella el niño practicará conductas de evitación y control para evitar sus efectos. Son lo que la violencia educativa busca para que el niño no vuelva a tener comportamientos de los que los padres juzgan inadecuados. Las conductas de evitación y control pueden convertirse en algo invasivo, con fobias, problemas obsesivo-compulsivos, y niños que huyen hacia un mundo imaginario, lo que repercutirá en su sociabilidad y en su aprendizaje.

Esta memoria traumática también estará en el origen de un sufrimiento y culpabilidad duraderos, de una falta de autoestima y de confianza en sí mismo, de un permanente sentimiento de inseguridad, y de un estado de estrés que tendrá repercusiones sobre el apetito y el sueño del niño, así como sobre sus capacidades de concentración, memorización, aprendizaje, y hábitos de higiene.

Un niño que presente problemas de alimentación, de sueño, enuresis, dificultades escolares, fobias y angustias será considerado como un niño difícil, incrementando el estar expuesto a sufrir violencias de unos padres cada vez más exasperados, instalándose un círculo vicioso.

Debido a la memoria traumática, el niño no solo vuelve a escuchar continuamente las frases culpabilizadoras, humillantes o degradantes que su padre le habrá dicho en el momento de los castigos: eres una nulidad, no sirves para nada, no harás nada bueno en la vida, acabarás mal, eres un estúpido, un estorbo, eres detestable, etc. Si no se hace nada para tratarla y neutralizarla, esta memoria traumática se instala y perdura en su edad adulta. Tendrá una voz interior que constantemente le irá repitiendo las frases, y acabará pensando que son suyas: "soy una nulidad, soy un estorbo...", desarrollando una pobre imagen de sí mismo relacionada con lo que el universo familiar le habrá estado emitiendo durante toda su infancia.



Al hacerse cada vez más difíciles las conductas de evitación y control, se pone en funcionamiento otra estrategia más eficaz para escapar de la memoria traumática, para apagarla y anestesiarla: son las **conductas disociantes**.

Estas *conductas disociantes* tienen un efecto *inverso* a lo que al principio se pretendía. Si lo que se quería era que el niño fuera más tranquilo, sumiso y obediente, se va a volver más movido e incontrolable, intentando reproducir bien sea sobre sí mismo, bien sobre los demás, una violencia que le permita *calmarse*.

El niño buscará compulsivamente, sin comprender porqué lo hace, un estado de estrés *psicológico* o *fisiológico* lo más elevado posible, con una excitación psicomotriz, comportamientos violentos contra sí mismo o contra los demás, y conductas arriesgadas que lo ponen en peligro mediante juegos peligrosos, aumentando el riesgo sufrir accidentes, violencias, y problemas alimentarios.

Esta producción de estrés tiene el poder de *anestesiarse* a nivel emocional y físico, mediante el *mecanismo neurobiológico de protección*, que provoca una interrupción en el circuito emocional asociada a la producción cerebral de drogas disociantes parecidas a un cóctel de morfina-ketamina. La disociación provocada por el estrés apaga la memoria traumática y todo su séquito de *miedo, angustia, desesperación y sufrimiento*.

La ingestión de alcohol y drogas puede iniciarse muy temprano en la adolescencia, y va a ejercer el mismo efecto anestésico. Alcohol y drogas, junto con la memoria traumática, están en el origen de los problemas de conducta y de personalidad, al igual que en los trastornos cognitivos que repercutirán en los estudios y el aprendizaje.

Lo mismo ocurre con un adulto que, habiendo sufrido de niño esas violencias educativas, volverá a verse confrontado con sus propios hijos en el marco de situaciones *similares* a las que originaron la violencia que experimentó en su propia infancia, o de la que fue testigo (una situación de desobediencia, un rechazo a comer, a dormir, llantos, malas notas, etc.). Se verá entonces invadido simultáneamente por los golpes, gritos, frases humillantes, cólera o rabia de su padre, y por el miedo y desesperación del niño que él fue. Este conjunto puede provocar en él una sensación de que está a punto de explotar, y la compulsión a ser violento, resultado de su memoria traumática que contiene a la vez la violencia, la cólera y odio paternos, asociados con una sensación de ser atacado y de estar en peligro, que procede de la memoria traumática del niño que fue.

Si el adulto no se *obliga* a controlar esta explosión de violencia que surge en él, va a reproducir esa escena de su pasado, interpretando a la vez el papel del progenitor o cuidador violento (gritando y golpeando), y el del niño atacado, lo que le *aliviara* permitiéndole *disociarse*. Entonces podrá considerar que si el niño le pone en un estado que le saca de quicio, es que el niño lo "*pone en peligro*", lo persigue (aunque solo sea un bebé lactante), y que merece ser 'corregido', sin tener en cuenta que su reacción es desproporcionada en relación con el contexto. No tendrá piedad, *como no la tuvieron con él*. Considerará, erróneamente, que el niño es *premeditadamente* malévolo y destructor, *como lo era él mismo de niño*. Interpretará de forma incoherente las reacciones normales debidas a la inmadurez psicomotriz, intelectual y emocional del niño, a la fatiga, a la tensión, a dolores o a un estado febril, como si le atacase y desafiase a él.

Si la violencia es paralizante y disociante para la *víctima*, para el adulto no solo es un instrumento para conseguir la sumisión del niño sino que también es una droga anestésica. Aquel o aquella que utilizan la violencia *instrumentalizan* a sus víctimas con el fin de conseguir una anestesia emocional gracias a las 'drogas duras' secretadas por el cerebro. La violencia se convierte así en una droga, y en una fábrica de producción de nuevas víctimas y nuevas violencias⁵

Algunos se vengarán sobre sí mismos, a través de psicosis o enfermedades psicosomáticas. Otros lo harán sobre sus propios hijos, parejas, o incluso sobre los inmigrantes, que actúan como chivos expiatorios. Es



5 Muriel Salmona - *Lutter contre les violences passe avant tout par la protection des victimes* - 2009: <https://www.memoiretraumatique.org/assets/files/v1/Articles-Dr-MSalmona/2009-lutter-contre-les-violences-decembre-2009.pdf>

probable que en las cárceles del mundo no exista ni un solo asesino que no haya sido golpeado o maltratado en su infancia. El odio, alimentado por las humillaciones y el maltrato precoz, es lo que conduce a que los niños que han sido maltratados desemboquen en futuros maltratadores, que descargan sobre otros la rabia e impotencia contenida durante tanto tiempo.

Conclusión

El sadismo no es ninguna enfermedad infecciosa que golpea repentinamente a una persona; tiene un largo historial previo en la infancia, y *siempre* se origina en las fantasías desesperadas de un niño que está buscando una salida para una situación desesperanzada. La 'necesidad' de cometer un asesinato es el resultado de una infancia trágica, y la cárcel es la secuela trágica de este destino.

Existe una relación demostrada entre la criminalidad y las experiencias de la primera infancia. Dado que no se percibe que lo que entendemos por 'disciplinar' a un niño esté relacionado con su posterior criminalidad o tendencia a la violencia, reaccionamos con horror ante los maltratos, los crímenes y abusos que se cometen a nuestro alrededor en todo el mundo, y [pasamos por alto las condiciones que los provocan](#). Los maltratadores, violadores y asesinos no llueven del cielo.

En tanto y cuanto no nos permitamos 'ver' y eliminar las causas, lo único que estaremos haciendo será penalizar una y otra vez los efectos, sin romper nunca el círculo vicioso que perpetúa la violencia de generación en generación.

Un dato positivo a valorar es que [la neuroplasticidad del cerebro permite la reparación de todos los daños neurológicos y de los cambios epigenéticos](#), si los niños dejan de estar sometidos a la tensión emocional generada por las violencias, y si las consecuencias psicotraumáticas son tratadas en niños y adultos.